

Violencia, reproducción y resistencia: notas para el estudio de las mujeres

María de los Ángeles Gallegos Ramírez*

DOI: <https://doi.org/10.32870/cl.v2i25>

Resumen

En este trabajo, reflexiono sobre la manera en que las mujeres reproducimos y nos resistimos a las múltiples formas de violencia a las que nos somete el sistema patriarcal en ámbitos determinados. Sostengo que, en las distintas esferas de interacción social, tenemos como base un conjunto de concepciones sobre nosotras mismas y nuestro deber ser y hacer, que delinear nuestras posiciones, aspiraciones y visiones del mundo, y enmarcan el tipo de relación que establecemos entre nosotras y con el resto. Esto nos lleva a enfrentarnos a un mundo que nos somete, niega y margina de manera constante y múltiple, y al que, en ocasiones, nos resistimos; otras veces, lo reforzamos y, en algunas situaciones, combinamos ambas respuestas.

Para ello, analizo los testimonios y discursos emitidos en conversaciones y discusiones en dos espacios distintos: el de las mujeres instrumentistas del mariachi, cuya actividad laboral se ubica en un sitio destinado en su origen a los hombres, y el de un grupo de reflexión -académica y experiencial- sobre el patriarcado. Me interesa mostrar cómo, a pesar de las diferencias existentes entre estos casos, también presentan similitudes que nos remiten a una misma fuente de significado: la ideología y el dominio patriarcal.

Palabras clave: mujeres, violencia, reproducción, resistencia, patriarcado.

Abstract

In this work, I reflect on how women reproduce and resist the multiple forms of violence imposed by the patriarchal system in specific contexts. I argue that in different spheres of social interaction, we have as a foundation a set of conceptions about ourselves and our duty to be and act, which delineate our positions, aspirations, and worldviews, and frame the type of relationship we establish among ourselves and with others. This leads us to confront a world that constantly subjects, denies, and marginalizes us, to which, at times, we resist; other times, we reinforce it, and in some situations, we combine both responses. To do this, I analyze the testimonies and speeches given in conversations and discussions in two different spaces: that of female mariachi instrumentalists, whose work activity is originally designated for men, and that of a reflection group - both academic and experiential - on patriarchy. I am interested in showing how, despite the existing differences between these cases, they also present similarities that refer us to the same source of meaning: patriarchal ideology and domination.

Keywords: women, violence, reproduction, resistance, patriarchy.

*Departamento de Sociología Universidad de Guadalajara. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5382-8782>. Contacto: delosangeles.gallegos@academicos.udg.mx

Puntos de partida

Marginación, abandono, explotación, persecución, hostigamiento, sometimiento, cosificación, despojo, olvido, desprecio... muerte y más muerte, han estado presentes en la base de la civilización y, en consecuencia, definen la historia de la humanidad, en particular la de las mujeres. Estas formas de violencia adquieren dimensiones y características diferentes a las de los hombres, pues como sostiene Öcalan, “la esclavitud de la mujer es el área social más profunda y disfrazada, donde todos los tipos de esclavitud, opresión y colonización tienen lugar” (2019:17); es decir, las mujeres padecen todas las formas de violencia y sujeción que experimentan los hombres, además de la opresión de género, ya que es en ellas donde se construyen e inventan todas las formas de opresión (Paredes, 2017).

El patriarcado ha impuesto una racionalidad que en la modernidad capitalista adquiere magnitudes por demás destructivas: un incremento y una expresión cada vez más burda de la opresión sobre las mentes y los cuerpos, especialmente sobre los de las mujeres y los niños; la anulación de las potencialidades individuales y colectivas; y la imposición diaria de su lógica de funcionamiento mediante una ruptura sexual radical en la que se restablece la jerarquía del padre (Öcalan, 2013) y se refuerza la dominación masculina.

Bourdieu señala que la dominación masculina ha impuesto un orden en el mundo, con sus relaciones de dominación, sus significados únicos, sus obligaciones y sanciones, que son reconocidos y aceptados tanto por el dominador como por el dominado; un orden que no es natural sino...

consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento (2005: 11-12).

De esa manera, las relaciones entre los sexos y su división están "en el orden de las cosas"; es decir, en lo que es normal y natural. Así, las relaciones sociales atravesadas por la dominación patriarcal y, por tanto, masculina, normalizan una forma particular de comunicarnos, pensar y actuar que nos distingue y separa a hombres y mujeres.

El patriarcado es la violencia simbólica, objetiva y subjetiva inherente al estado de “normalidad” de las cosas, que establece una estructura de diferenciación y disociación sexual sobre la cual se funda-

menta la división sexual del trabajo y, por ende, delimita el sitio "natural" que nos corresponde a hombres y mujeres. Como afirma Meler:

el “patriarcado” es un término que enfatiza el carácter asimétrico de las jerarquías sociales basadas en el sexo, mientras que “dominación masculina” alude al hecho de que la pertenencia al género masculino implica ventajas, más allá de que cada varón logre o no, efectivizar los desempeños requeridos para integrar el género dominante (2010: 2).

Además, el orden simbólico y estructural hegemónico rechaza de manera explícita e implícita, y estigmatiza toda conducta y deseo sexual y afectivo que no se ajuste a la organización heteronormativa y binaria impuesta por el patriarcado; ya que no reconoce otras sexualidades que no sean la heterosexual, ni más identidades de género que las “propias” e “intrínsecas” al sexo masculino y femenino.

Frente a esto, y desde mi condición de mujer situada histórica y socialmente, resulta central discutir el sitio que ocupamos las mujeres en la sociedad, la forma como actuamos en el mundo, la manera como interiorizamos las conceptualizaciones que de nosotras se tienen y las normas de conducta que nos son impuestas, pero también, las respuestas que damos a lo anterior. Cabe decir que, a pesar de mi reconocimiento a las múltiples maneras en que las mujeres hemos sido y seguimos siendo violentadas y marginadas, estoy segura de que contribuimos, consciente e inconscientemente, a la reproducción del orden y la violencia patriarcales y, en consecuencia, que siguen siendo muchos y muy complejos los retos que enfrentamos para revertir esa realidad por demás hiriente.

Es desde allí que retomo y analizo mi experiencia con diferentes grupos de mujeres con el objeto de examinar discursos y prácticas para comprender su situación en la sociedad actual. El ejercicio de reflexión y autocrítica que realizo ha sido, por demás, complicado y difícil, ya que no es tarea sencilla descentrar la mirada para discernir hasta qué punto mi condición de mujer y mi quehacer investigativo afectan la comprensión de lo observado y sus posibles significados. Más aún, para entrever en qué medida se puede articular el conocimiento sobre la realidad estudiada a mis propias prácticas como mujer.

En el presente trabajo hablaré de la manera en que, en ocasiones, las mujeres reforzamos y/o reproducimos las expresiones de violencia a las que nos somete el sistema patriarcal, pero también de las formas en que nos enfrentamos y oponemos a ella. Aquí me referiré a dos grupos distintos de mujeres con los que tuve la oportunidad de convivir e interrelacionarme:

uno conformado por instrumentistas del mariachi y otro por mujeres interesadas en repensarse a partir del análisis crítico del patriarcado y su lógica de funcionamiento. Como discutiré más adelante, a pesar de las diferencias existentes entre ambos, observé en ellos acciones, relatos y actitudes cercanas.

Para el caso de las instrumentistas del mariachi, trabajé con la entrevista a profundidad y las historias de vida recabadas mediante la metodología de la historia oral, así como interactuando con ellas tanto en sus espacios de trabajo como privados; mientras que para el segundo grupo lo hice a partir de la recuperación de mis impresiones y de los comentarios y situaciones ocurridas en momentos de discusión académica y de intercambios lúdicos.

Como he mencionado, parto de la idea de que las mujeres nos enfrentamos a un mundo que nos somete, niega y margina de manera constante y diversa, y al que en ocasiones nos resistimos, otras veces lo apuntalamos y en no pocas circunstancias, combinamos ambas respuestas. Lo que aquí me interesa discutir, es cómo, a pesar de lo distintos que pueden ser nuestros espacios de interrelación y desarrollo, las mujeres actuamos, reaccionamos y pensamos de forma más similar de lo que en general pudiéramos suponer. Esto sin dejar de reconocer el hecho de que entre nosotras existen diferencias de clase, raza, edad, origen geográfico, escolaridad, etc., que nos colocan en lugares distintos de la estructura social y nos dan o no mayores y muy variadas posibilidades, pues como sostiene Belausteguioitia,

a las mujeres no nos unen las mismas características: ni las que se vinculan a la discriminación, ni las que nos definen como mujeres”, “ni las que se derivan de las diversas luchas y discursos que se generan a partir de las filiaciones de clase, color y sexualidad (s/f: 149).

A pesar de las distancias sociales y culturales existentes entre ambos grupos, estoy convencida de que sus semejanzas nos remiten a una misma fuente de significado: la ideología y el dominio patriarcales. En correspondencia con lo anterior, enfatizo los siguientes aspectos, observados y expresados con claridad: el maltrato verbal y simbólico, y la imposición de un esquema de relación jerarquizada que se traduce en desprecio y descalificación hacia nosotras mismas y hacia el resto; pero también, las maneras en que, a pesar de lo anterior, construimos lazos de relación solidarios y de apoyo mutuo.

El primer grupo: las mariacheras

El mariachi es una organización musical que, hasta

hace algunas décadas, era un espacio de reproducción sociocultural exclusivamente masculino. Sin embargo, de forma paulatina, las mujeres han ido irrumpiendo en él como instrumentistas, por lo que es cada vez más frecuente encontrarlas como integrantes de grupos conformados por hombres y mujeres o en agrupaciones exclusivamente femeninas.

Las mujeres que entrevisté de este grupo oscilan entre los 20 y los 50 años, son habitantes de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, y tienen diversos niveles de escolaridad. Por tanto, cada una vive la imposición, la marginación y el maltrato de formas disímiles, aunque en general subrayan los mismos aspectos respecto de su condición como músicas de mariachi, las situaciones a las que se enfrentan en ese espacio y las formas en que reproducen y se oponen a la violencia que allí viven.

En primer lugar, debo decir que las dificultades que enfrentan para desarrollarse profesionalmente no son las mismas que para sus compañeros músicos. Existen diferencias entre unas y otros que van desde el pago por sus servicios hasta la estigmatización de sus personas. Si bien es cierto que en nuestra sociedad esa actividad es poco valorada, el hecho de que sean mujeres quienes la realizan agudiza la situación. Esto se observa en las palabras de Ana, una mujer de 50 años, integrante de un mariachi femenino:

No es fácil como mujer trabajar en el mariachi, y para las compañeras que tienen hijos es peor, porque luego no tienen en dónde dejarlos y quién los atienda, y si se les enferman, olvídate, puro batallar [...] Nos esforzamos mucho para que digan que no sabemos tocar. También trabajamos duro para ganar un poco más, porque por ser mujeres no nos pagan igual que a los hombres [...] Y luego nos ven como si fuéramos, pues cómo te digo, pues como menos, como feo y así.

Muchas de ellas subrayan en sus testimonios el hecho de que al incorporarse al mariachi han sido objeto de degradación, tanto en términos profesionales como personales. A pesar de esto, no parece existir en su horizonte inmediato de vida la idea de abandonar tal actividad:

No fue fácil para mí aventarme a la música. En mi familia mi papá y hermanos, que también son mariacheros, eran los primeros que decían que esto no era para mí... que porque el ambiente era muy pesado, que luego la tratan a una como puta, y pos, mira, no estaban tan equivocados. Como que ya es más común que vean mariachis de mujeres, pero, aun así, luego no nos tienen ni tantito respeto los clientes [...] Yo pos aquí sigo y de esto vivo, y si dios quiere aquí seguiré –comenta una mujer de alrededor de 40 años, integrante de un mariachi femenino.

Por su lado, Ana sostiene:

En general la gente no está tan acostumbrada a los mariachis femeniles y eso te lleva a enfrentar situaciones difíciles, como por ejemplo, negociar el precio, pues suponen que por ser mujeres no merecemos ganar igual que los hombres.

La violencia se manifiesta y se vuelve cotidiana para las mujeres que han optado por esa profesión de diversas maneras: hay desigualdad en sus ingresos en comparación con los de los hombres; sufren diferentes tipos de presión y acoso sexual; hay desvalorización de sus capacidades como instrumentistas; padecen la estigmatización de sus personas, pues es común que sean calificadas despectivamente. Adriana de alrededor de 30 años, comenta:

Estamos más expuestas que ellos [los músicos hombres] porque luego te sale cada cabrón que te agarra la cara, te da de nalgadas y te quiere coger nada más porque eres mujer y él te está pagando para que lo complazcas. Contrata el mariachi y cree que ya eres de su propiedad. Bueno, no sólo te salen cabrones sino hasta viejas que te agarran y te besan, te andan queriendo sobar.

Otra joven de poco más de 20 años afirma:

Muchas veces la gente ni se fija cómo tocamos, lo único en lo que se fijan es en tu físico. Les importa más cómo nos vemos, si estamos “buenas”, si somos bonitas, aunque toquemos pa’la chingada, con que nos veamos bien, les vale. Eso es feo, pero pos ni modo.

Igualmente, Mónica, una mujer de 35 años dice:

Es bien jodido, yo no entiendo, a veces las mismas compañeras te bajan bien feo. Si ven que te va bien, luego dicen que cuántos “acostones” te costó tu carrito.

A todo lo anterior se agrega el hecho de que la mayoría de los contenidos de las canciones que interpretan reproducen y exaltan las atribuciones de género asignadas por el patriarcado a varones y mujeres. Una composición muy popular de José Alfredo Jiménez puede servir de ejemplo:

Amanecí otra vez entre tus brazos
y desperté llorando de alegría,
me cobijé la cara con tus manos
para seguirte amando todavía.

Me despertaste tú casi dormida
y me querías decir no sé qué cosa,

pero callé tu boca con mis besos
y así pasaron muchas, muchas horas.

Cuando llegó la noche
apareció la luna
y entró por la ventana,
qué cosa más bonita
cuando la luz del cielo
iluminó tu cara.

Yo me volví a meter entre tus brazos,
tú me querías decir no sé qué cosa,
pero callé tu boca con mis besos
y así pasaron muchas, muchas horas.

Es importante subrayar, pues, que en el género musical que se cultiva e interpreta en el mariachi, conocido popularmente en México como música ranchera, las temáticas van desde la exaltación de la vida campesina y las cualidades del hombre como trabajador, leal, fuerte, protector, valiente, bragado, hasta aquellas en las que se lamenta y exhibe el despecho por el engaño o el abandono de una mujer, definida como traidora, ladina, infiel, malagradecida, interesada o simple objeto sexual. El mariachi como espacio de reproducción sociocultural fue tradicionalmente designado para los hombres; razón por la que en el imaginario social se sigue vinculando la interpretación de su música con lo viril y lo macho, representado en el charro mexicano con sombrero, pistola y a caballo; además de ser un bebedor de tequila y mujeriego.

Así, las representaciones de hombres y mujeres plasmadas en la música que unos y otras interpretan tienen una dimensión instrumental cuyo objetivo es mantener a hombres y mujeres en lugares distintos y distantes. Esta separación los coloca en el sitio que la cultura patriarcal les asigna. Esto define el sentido de la práctica como músicos y músicas a partir de una relación vertical en la que ellas aparecen subordinadas a lo masculino: mientras una es “la gema que Dios convirtiera en mujer” para beneficio de la vida de un hombre, este “con dinero y sin dinero” hace siempre lo que quiere y su palabra es la ley. En ese sentido, Beauvoir sostiene que “la sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior [...] no ha sido una inmutable esencia ni una culpa elegida lo que las ha destinado a la inminencia, a la inferioridad que se les ha impuesto” (citada en Posada, 1995: 331).

Las estructuras hegemónicas vinculadas con la ideología patriarcal naturalizan la violencia ejercida sobre las mujeres al imponer esquemas de pensamiento y acción que son interiorizados y, en consecuencia, las llevan a reproducir también prácticas sexistas, de envilecimiento y de auto-discriminación.

En ese sentido, las músicas de mariachi se enfrentan a la dificultad de auto-nombrarse y definirse más allá de las representaciones sociales que tienen sobre ellas. Por eso, no es difícil escuchar afirmaciones como las siguientes:

¡Ah, las pinches viejas güevonas!, ¡son bien pendejas!, no estudian y tocan de la chingada. Son contadas las que sí. Mira, pa'acabar pronto la mayoría vale madre, yo no sé ni qué andan haciendo en el mariachi –afirma una joven.

Sin embargo, el desprecio propio o hacia otras mujeres se traslapa y yuxtapone con posturas de emancipación y resistencia, que las recolocan y las hermanan en el rechazo del papel que les es asignado, así como en la conciencia de la necesidad de crear lazos de solidaridad y afecto. El hecho de haber irrumpido en un espacio tradicionalmente reservado para hombres, rompiendo con la idea del deber ser y hacer como mujeres, y negándose a llevar a cabo actividades "propias" de su género, habla claramente de cómo han desafiado lo establecido. Las mujeres músicas de mariachi construyen redes de apoyo que les permiten enfrentar las dificultades para realizar su trabajo. En este sentido, Ana afirma:

Hay muchas compañeras que son amigas porque vienen de familia de mariacheros y se conocen desde niñas, pero independientemente de eso, por el simple hecho de ser mujeres, aunque no nos conozcamos, nos ayudamos. Por ejemplo, nos decimos las canciones cuando alguien sí se las sabe. Musicalmente nos "marreamos" pero si a alguna compañera le pasa algo, que el marido la golpeó o cualquier cosa, todas la protegemos y ayudamos; vemos qué se le ofrece, así no nos hablemos en el trabajo, ni diario, aunque no sean nuestras amigas; y cuando sus hijos se enferman y no van a trabajar, les sacamos dinerito para que no pierdan lo de la chamba, o recolectamos dinero para llevarle despensa o algo cuando nos va mal y están solas con sus hijos. Mira, hay mucha unión como mujeres, como te diré, así apoyo en cuanto a la vida.

Tales posturas de oposición al sistema patriarcal hablan de cómo subvierten el orden establecido: al integrarse en el mariachi, trascienden los límites y restricciones existentes para lograr su reproducción e independencia; aunque no rompan por completo con posturas que naturalizan la estructura de diferenciación y disociación predominante, como he venido señalando.

A pesar de las múltiples formas en que reproducen la violencia de la que son objeto, en las mujeres músicas de mariachi se percibe una tendencia

al compañerismo, a ayudarse mutuamente, a generar lazos de confianza y protección que las fortalecen y contribuyen a impugnar las formas de opresión que experimentan a diario.

El segundo grupo: el seminario de reflexión anti-patriarcal

Dadas las características de mi participación en este grupo de mujeres, lo que presento a continuación es el resultado de mis experiencias en él y las reflexiones que realicé a partir de la dinámica de relación que establecimos sus integrantes. Por ello, no se encuentra aquí una recuperación precisa de testimonios y discursos. Sin embargo, debo señalar que lo dicho y observado con las mujeres instrumentistas del mariachi me permitió mirar lo vivido aquí desde un ángulo muy diferente al que me hubiera colocado antes de mi trabajo con ellas.

El seminario de reflexión anti-patriarcal se formó debido a la necesidad de contar con un espacio alternativo a la institución universitaria a la que la mayoría de los participantes pertenecíamos. Fue concebido como un espacio que, en principio, rompiera con la verticalidad existente entre estudiantes y profesorado y subvirtiera la competencia y meritocracia académica. El objetivo central era analizar y deliberar sobre las razones por las cuales, en los últimos años, se habían incrementado los índices de violencia simbólica y estructural contra las mujeres, con la finalidad de construir un conocimiento colectivo. Además, buscábamos discutir de forma crítica nuestras prácticas que reforzaban el estado de las cosas prevaleciente en torno a las representaciones de nosotras como mujeres y nuestro lugar y papel en la vida social. Nuestro interés también respondió a la necesidad de solidarizarnos con otras mujeres y cuestionar y modificar nuestro lugar relegado por el dominio patriarcal (Posada, 2005).

Esta agrupación, en sus inicios, también contó con la participación de algunos hombres, pero rápidamente se convirtió en un espacio exclusivo de mujeres. Estaba compuesta en su mayoría por estudiantes y profesoras de Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara, así como por otras mujeres interesadas en el tema. Los integrantes teníamos edades que oscilaban entre los 30 y los 60 años.

Durante un poco más de dos años, nos reunimos mensualmente para analizar las propuestas de autoras y autores con una visión feminista, antipatriarcal y despatriarcalizante. Además, buscábamos ser un lugar de encuentro para compartir experiencias y reflexionar de manera autocrítica sobre cómo vivi-

mos la violencia y la reproducción de esta. No obstante, al iniciar este ejercicio, éramos conscientes de la complejidad de articular nuestras vivencias como mujeres con el conocimiento de teorías y proposiciones formuladas desde la academia, ya que, como sostiene Rivera, es muy difícil sobrellevar "el desorden simbólico que provoca el juntar el conocimiento universitario tradicional con el saber de las mujeres" (2003: 79).

En nuestras reflexiones, se enfatizaban constantemente las desventajas que enfrentábamos por ser mujeres al desempeñarnos como docentes, estudiantes y trabajadoras en diversos espacios. Por ejemplo, cuando realizábamos actividades similares a las de los hombres, como dar o tomar clases, debíamos seguir las mismas reglas que ellos, pero además se nos exigía mucho más. Todas reconocíamos que "los hombres castigan con el ridículo, la exclusión o el ostracismo a cualquier mujer que se arroga el derecho a interpretar su propio papel o, el peor de todos los males, el derecho a reescribir el argumento" (Lerner, 1990).

En los primeros encuentros, se hizo un esfuerzo por mantener una postura de apertura, empatía, solidaridad y cariño, la cual trascendía en la relación cotidiana entre los integrantes. Sin embargo, con el tiempo fue evidente la dificultad para escuchar las diversas interpretaciones de las lecturas o comprender las distintas vivencias que cada una compartía; algunas de estas experiencias estaban relacionadas no solo con nuestra experiencia de vida, sino también con nuestra edad. Por ejemplo, hubo profesoras que no lograron comprender la dinámica del grupo, reproduciendo la relación que se da en las aulas universitarias. Argumentaban que existía una distancia generacional infranqueable y la imposibilidad de compartir sus historias con mujeres jóvenes cuyas preocupaciones y visiones no eran cercanas a las suyas.

Además, en muchas ocasiones había poca disposición para escuchar y esperar el turno de hablar. Arrebatarse la palabra, negar con la cabeza las declaraciones de quienes hablaban, emitir comentarios mordaces y bromas descalificadoras se volvieron acciones constantes que se agudizaban cuando el grupo pasaba del debate a la celebración. En poco tiempo, se estableció una forma de relación jerarquizada, en la que las profesoras, principalmente, pero no exclusivamente, competían para marcar la línea que debía seguir la discusión. El disenso se daba a partir de la negación de lo que otra persona decía, lo que provocaba que algunas de las integrantes más jóvenes tomaran partido.

Un aspecto que marcó la dinámica fue el de las preferencias sexuales. El intento de reflexión en torno al vínculo existente entre la sexualidad y el poder, y del marco heteronormativo que sanciona nuestras prácticas e identidades sexuales e impone una política de sexualidad opuesta a la homosexualidad de hombres y mujeres, resultó en la estigmatización y la descalificación de quienes mantenían en ese momento una relación sexual y afectiva con un hombre. En no pocas ocasiones, se desautorizaron los comentarios críticos y las posiciones de quienes eran heterosexuales. Se manifestó la idea de que solo las mujeres lesbianas estaban en condiciones de cuestionar y romper con el patriarcado; ser lo contrario era apuntalarlo. Por ejemplo, una joven estudiante insistió en que quien no había amado a una mujer no solo no sabía realmente lo que era amar, sino que sostener una relación con un hombre reforzaba el machismo y el dominio masculino. Con esto, se empezaron a reproducir prácticas sexistas, de segregación y envilecimiento que llegaron a la desvalorización de las ideas e, incluso, de la persona de algunas de las integrantes. Lo anterior, a pesar de la insistencia reiterada en la necesidad de construir una relación horizontal, pues más allá de las diferencias generacionales o de preferencia sexual, compartíamos el hecho de ser mujeres y la urgencia de revisar nuestro papel, así como de establecer lazos de apoyo y cuidado mutuo como una forma de resistir al orden patriarcal. Sin embargo, el rumor, las habladurías, la desconfianza y la reserva también se hicieron presentes. Al final, surgieron la acusación, la violencia verbal, la descalificación, la ruptura y el desencuentro. No obstante, también es cierto que muchas de las integrantes de ese grupo construyeron una relación de solidaridad y apoyo que trascendió los momentos de encuentro y que perdura hasta el presente.

De la misma manera que con el grupo de mujeres músicas de mariachi, aquí encontré un conjunto de visiones y formas de acción interiorizadas que limitaron nuestras posibilidades de construir un espacio en el que pudiéramos reconocernos y ser reconocidas. La lógica del patriarcado que divide el mundo nos dificulta organizarnos como grupos más o menos conscientes de nuestra condición desigual. Sin embargo, existen pactos entre nosotras porque hemos sido capaces de entender que "más allá de que 'en tanto que se nace mujer, se está determinada para toda la vida por esta circunstancia a un orden simbólico social establecido por los hombres', es posible entrar en una práctica política y reveladora (Balestrini, Campari y Sattler, citadas en Posada, 2005:339), que rompa con

lo preestablecido y formule un orden completamente diferente.

Reflexiones finales

Por lo expuesto aquí, puedo afirmar que en ambos grupos existe una tensión entre la reproducción cotidiana que las mujeres hacemos de la violencia patriarcal y la lucha constante por resistirse a ella desde nuestras diferentes trincheras. En los dos grupos se hizo presente la violencia a través de la descalificación y la competencia. No obstante, también se observan las formas en que las mujeres se resisten al orden patriarcal y al dominio masculino: mientras las músicas de mariachi irrumpen en espacios masculinos para satisfacer sus deseos y necesidades, replicando su lógica y funcionamiento, al mismo tiempo que crean lazos de apoyo y protección mutua; el otro grupo buscó construir un espacio de conocimiento que rompiera con la lógica patriarcal, un espacio de encuentro, compartición y solidaridad, que no obstante reprodujo, también, sus dinámicas de competencia, segregación y marginación. Quienes lo integramos no hemos acabado de comprender que el patriarcado nos oprime tanto a mujeres como a hombres, de maneras distintas, es cierto.

Toda esta aparente contradicción muestra que detrás de ella hay un complejo proceso a través del cual las mujeres seguimos buscando los medios para romper con el orden patriarcal. Así, la observación y el análisis de los testimonios y las experiencias compartidas en estos dos grupos nos dan la posibilidad de comprender los retos que aún enfrentamos las mujeres para construir una forma desde la cual podamos romper con la violencia de la que somos objeto.

En ambos grupos se puede observar, además, cómo las mujeres desplegamos diferentes estrategias para subvertir el orden existente y trascender sus límites y constreñimientos, logrando nuestra reproducción y autonomía, y colocándonos en un lugar distinto al que nos asigna el patriarcado como institución social y cultural (Amorós, 1991), y la dominación masculina. Es verdad que las dificultades a las que

nos enfrentamos y las dinámicas de interrelación que reproducimos son resultado de la interiorización de la estructura de diferenciación y disociación de género y sexualidad prevaleciente, producto de la ideología y lógica del patriarcado.

Referencias

- Amorós, Celia (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- Bourdieu, Pierre (2005). **La dominación masculina**. Barcelona: Anagrama.
- Lerner, Marina (1990). **La creación del patriarcado**. Barcelona: Crítica.
- Meler, Irene (2010). “La vitalidad del patriarcado”. En Topia. *Psicoanálisis, sociedad y cultura*.
- Öcalan, Abdullah (2013). *Liberar la vida: la revolución de las mujeres*. Alemania: International Initiative Edition, Mesopotamian Publishers.
- Öcalan, Abdullah (2019). *Confederalismo democrático*. Guadalajara, Jal., Méx.: Cátedra Jorge Alonso.
- Paredes, Julieta (2017). “¿Qué es la despatriarcalización?”. En RSN©. (Consultado el 30 de mayo de 2018). Disponible en <https://radiostocolmanianews.wordpress.com/2017/03/06/que-es-la-despatriarcalizacion/>
- Posada Kubissa, Luisa (1995). “Pactos entre mujeres”. En Celia Amorós (dir.), *10 palabras clave sobre mujer*. España: Verbo divino.
- Rivera Garretas, María-Milagros (2003). “¿Trabajar por el gusto de estar en relación?”. En *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, núm. 25. Barcelona: Universidad de Barcelona.